

AÑO II - BUENOS AIRES, ABRIL 29 DE 1918 - N° 24

# LA NOVELA SEMANAL



**"HOLOCAUSTO"**

POR

César Carrizo

PRECIO: 10 Centavos

DIRECCION:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario, MIGUEL R. ROQUENDO

---

EL LUNES PROXIMO SE PUBLICARA

25. **EL POZO DE LAS MURENAS,**

del original escritor PEDRO ANGELICI, interesantísima novela trágica de la Roma Imperial.

---

---

SUCESIVAMENTE

---

---

26 " **LA DIVA** " del aristocrático novelista  
Marqués de Atela

---

---

# "HOLOCAUSTO"

PCR

CÉSAR CARRIZO

"El amor es fuerte como la muerte; la pasión, inflexible como el infierno; sus lámparas, son lámparas de llamas y flechas del fuego de Jehová". — **Cantar de los Cantares.**

## I

Escribo junto al Paraná undoso en esta ciudad de Vera de las Siete Corrientes. La tarde es enervante. Huele a rosas y a jazmines magnos. La brisa del río me trae aromas de agua y de bosque. Viene hasta mí entrañable música, tocada por quién sabe qué belleza morena de ojos negros. Oigo una canción de amor y desventura; después los rumores del Paraná manso y sin embargo indomable...

Así, fervoroso y doliente; fuerte y sentimental; con olor a jazmines y a selva bravía; palpitante y torrencial como el río paterno, es el corazón de Corrientes. He aquí un diástole de ese corazón que sabe amar y sabe matar sin miedo.

En síntesis: una historia de amor y dolor donde sólo he cambiado algunos nombres para no herir susceptibilidades, ya que viven, a excepción de uno, todos los personajes. Transitan por la calle, actúan en esta sociedad o viven en Buenos Aires; quie-

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

PIDANSE EN LOS KIOSKOS, ESTACIONES DEL SUBTERRANEO Y VENDEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES

## «HOLOCAUSTO»

---

nes gastan cuantiosos dineros en Mar del Plata, Cacheuta o Los Pocitos; quienes decapitan su patrimonio aquí no más, en Corrientes, junto a una mesa de naipes del Progreso o del Social.

No ha muchos días, en uno de los diarios locales, aparecía el siguiente epígrafe: "Profanación de una tumba"; y luego la noticia, por demás grave, de haber sido cambiada la lápida de un sepulcro por otra de mármol rosa, cuyo epitafio, en caracteres negros, decía gráfica y solemnemente: "Holocausto". Guardé la hoja, y al llegar a mi hotel leí de nuevo el suelto, y no dudé ni un momento que más allá de esa palabra, y en el fondo de esa tumba, había un poema para el cual, el diario, invocaba la pericia policial y el azote del código.

Se trabó una seria discusión sobre el hecho. Varios abogados, allí presentes, opinaron que era un caso evidente de latrocinio, hábilmente disimulado; pues la muerta llevara riquísimas joyas, y nada más lógico que trataran de robarla. Yo, a mi vez, acentué mi creencia romántica: se trata de un poema; y más que un ladrón vulgar, aquí hay un héroe. Entonces tuve una idea venturosa: emplear en algo bello y útil mi investidura de Ministro General, poniendo mi influencia al servicio de ese misterioso delincuente de amor. Debía, por lo tanto, esperar la captura para interponer mis buenos oficios, y sobre todo para conocer al hombre, ya que es interesante conocer a un delincuente pasional.

En vano fué la búsqueda. Rastreadores de pupila zahorí recorrieron los caminos. Hombres conocedores de los anales del delito leyeron y relejeron infolios policiales en procura de algún antecedente. Se enviaron partidas a los bosques, ríos y esteros; y todo inútil.

Alguien pensó en la Laguna Iberá. ¡La Laguna Iberá!... refugio de cuatros y bandidos, de tigres y serpientes. Allí fueron; y como siempre, los juncales, las islas nemorosas y los tembladerales opusieron su muralla irrompible al propósito de los rastreadores. En su anhelo de encontrar al delincuente, aquellos hombres habían olvidado que la región del Iberá pertenece al misterio y a la leyenda. En fin; ni un rastro, ni un indicio de nada; ni en la ciudad ni en los campos. En pos de aquel peregrino atrevido y romántico, la noche, cómplice para protegerlo, había borrado sus estrellas y hecho más densa la sombra.

Hubo peregrinaciones al sepulcro, y todos admiraban la belleza del mármol, cuya forma tenía los perfiles de una novia muerta. Extraño y exquisito gusto del enamorado. Pero... ¿quién era?, ¿dónde estaba? Misterio.

La imaginación popular, sin embargo, debía resolver el problema. Una mendicante, de las que tienen su pajar cerca del composanto y bajan de día al pueblo y se retiran tarde con un fardo de limosnas al hombro, se acordó en la vicaría, ante otras mendigas, que una noche, al volver de la ciudad, oyó sobre el cementerio rumor de alas y celestiales voces. Después se difundió por los aires y la tierra un perfume desconocido que embellecía el espíritu y aliviaba al cuerpo de sus atributos materiales, hasta dejarlo en aptitud de elevarse al cielo. La pobre mujer

arrojara la balumba de residuos, anhelante de volar a lo azul, pero el perfume divino pasó, y con él el éxtasis.

Con otras palabras, tal fué el relato de la pordiosera. La noticia se difundió rápidamente por la ciudad; fué más allá de los aledaños; llegó a los pueblos vecinos. Y como por las circunstancias que veremos después, el ambiente estaba preparado para exaltar a la muerte a la calidad de los ángeles, el relato se hizo posible, y se creyó en verdad que fueron espíritus celestes los que una noche bajaron a colocar la lápida.

Al otro día el conserje descubrió el mármol rosa, y en torno a la tumba ni el más leve rastro humano. He aquí cómo la imaginación popular, con sus razones y sinrazones, satisfizo en algo la expectativa pública, más inquieta cada día por los repetidos fracasos policiales.

Así es la humanidad: creemos en el enigma porque nos rodea por todas partes y ronda constantemente a nuestro lado. Cuando la verdad no nos convence ni nos satisface, vamos precisamente en busca de luz al abismo del misterio.

## II

Pasó el tiempo, y tenía perdida la esperanza de conocer al autor de la profanación, cuando un pescador noctámbulo, de esos que arrojan su espinel al Paraná en altas horas de la noche, me reveló algo del enigma. Debo, pues, a la diosa Casualidad el secreto.

Al llegar a Corrientes me hice amigo de Pedro Saladas, un sobrio y fuerte pescador de dorado y manguruyú, quien me ha iniciado en los misterios y placeres de la pesca y de la caza. Con él, sobre una lancha, hemos recorrido isletas y riachos; yo con un winchester al brazo, y él con un puñal y una red. Cuando un yacaré mal herido por mi impiedad humana se fué al fondo del agua, buscando alivio, el pescador raudo y valiente tiróse al río, daga en mano, a ultimar el animal y traerlo a remolque hasta la barca. Bien, pues; la amistad de este buen hombre y su ciencia de la naturaleza y de la vida me enseñaron muchas cosas; y fué él a quien debo los pormenores de esta historia.

En los días más o menos en que se descubrió la lápida, el pescador, mientras realizaba su faena, vió algo como una sombra bogando al sesgo sobre las aguas. La noche era silente, y el Paraná, manso y enorme, diríase un vasto remanso de estrellas.

Ocurre así: a veces el río legendario y paterno parece que sueña o medita. Algo evoca; quizá la procesión de ahincados navegantes que en todas las épocas galoparon sobre su lomo, rumbo a la inmortalidad. Entonces el río calla su melopea de bronce y musita palabras litúrgicas. Desde las islas se alzan voces desconocidas que el viento difunde y apaga. Desde arriba bajan los astros que el Paraná los lleva hacia el mar... Desde la tierra firme llegan canciones de amor en idioma guaraní, suave y acorazonado—permítase el adjetivo. He ahí la circunstancia en que el pescador vió la peregrina sombra cruzando el río. Le extrañó sobremanera y no dejó de inspirarle temor ese fantasma resbalando desde las islas tributarias rumbo a Corrientes. Y en su espí-

ritu infantil surgió un prejuicio fatal: aquel bulto era uno de los númenes sombríos de las islas, avatares del demonio que abandonan el bosque, cruzan el río, entran a la ciudad, penetran a la gafería y hacen ahullar de miedo a los leprosos; y luego, cuando florece la aurora, huyen temerosos de la Cruz incombustible. A punto estuvo de tomar aguas abajo; pero se acordó que más de una vez, nadando bajo el agua, avanzó puñal en mano y lo hundió en el vientre de los yacarés; y otras, en plena selva, hizo frente a los tigres embravecidos y a las serpientes en celo. Correntino de temple y de buena laya, allá fué tras el fantasma.

—¡Alto ahí! — le gritó en castellano, y le ratificó en guaraní: — ¡Epigtá hu pepeyg!

La sombra se detuvo. Era simplemente un hombre remando en fugitiva canoa.

—¿Cuatrero o contrabandista? ¡Hable o lo mato! — le dijo Pedro Saladas.

—Nada de eso, — respondióle con voz serena el desconocido.

—¿Entonces?

—Soy un hombre honrado; ven acá y seremos amigos.

Ya otras veces el pescador había pasado por un trance semejante. Más de un contrabandista o de un cuatrero de los que hacen sus correrías del Paraguay al Chaco, y del Chaco a Corrientes, fueron sorprendidos infraganti por aquel valiente. Cuatro o cinco bandidos cayeron a golpes de revólver o daga en sus propias lanchas, para luego ser arrojados al Paraná. De ahí que Pedro Saladas mereciera el beneplácito de gobernadores y jefes de policía por sus proezas.

Pero aquella noche, la voz extranjera y bien templada, y ese "ven acá" propio de señores, inspiraron confianza al pescador, y se arrimó. El misterioso viajero desembozó sus intenciones, le contó su peregrinaje desde Buenos Aires a Corrientes, y llegaron por fin a entenderse.

Pedro Saladas se puso a la par del desconocido, y las dos lanchas marcharon hacia la costa. Al llegar aseguraron las barcas con fuertes cordeles y saltaron a tierra: el pescador con su red, y el hombre extraño con un bulto al hombro.

Alto era, recio de espaldas, bizarro en sus líneas; y al dar la mano se advertía en el apretón, pujanza y buena salud. Hablaba lo necesario. Vestía traje de cazador y altas botas; y un ancho sombrero le amparaba el rostro. Por su indumentaria y el ritmo de su hablar aquel buen mozo no era de esta tierra; y a las claras se advertía en él a un forastero dispuesto a cumplir una consigna fatal.

—¿Tienes suficiente coraje para seguirme a cualquier parte?

—A cualquier parte, — respondió con aplomo el pescador.

—Bien, pues; vamos.

Y cruzaron el campo anochecido, a través del bosque y de las malezas bravías. Los "urunday" y "curupaigh" oponían barreras casi infranqueables al paso de los caminantes; y el "ñangapiry" irsuto quería enlazarse a los pies para impedirles la andanza. Llegó un momento en que los peregrinos perdieron el rumbo: ¿Adónde quedaba el norte?; ¿adónde el sud? Allá lejos, tras

de los montes, sólo se advertían las luces de la ciudad, a manera de un lejano palor de luna. Entonces el pescador se apartó de su compañero, hizo dos o tres entradas profundas en el campo, cortó hierbas y hojas de árbol, y volvió corriendo.

—Ya descubrí el rumbo: marchamos de frente al pueblo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por el sabor de estas hierbas.

—¿Y si te equivocaras?

—Imposible "che, patrón"... Vamos de frente al pueblo.

—Prosigamos, entonces.

El extranjero entregó la pesada carga que llevaba, a su ayudante de aventura.

—A ver: ayuda, hombre; que ya no puedo más.

Pedro Saladas echó el peso a la espalda y continuaron. Cuando estuvieron a punto de penetrar al pueblo, el desconocido, seguido siempre por su escudero, empezó a costear los ejidos, rumbo al campo abierto.

—Bueno, "che, patrón": no sigo si no me avisa a dónde vamos; y dejando caer el pesado fardo en el suelo, no dió un paso más.

—Vamos al cementerio.

—¿Cómo? ¡A la casa de los muertos?

—¿Conoces el camino?

—De memoria me lo sé.

—Al cementerio, entonces; y rápido, antes que venga el día y nos descubran.

—Y antes que llegue la tormenta, "che, patrón".

—¿La tormenta? ¿Y cómo lo sabes, buen hombre?

—Porque esta tarde miré el cielo y es seguro que tenemos tormenta. Además, cuando el río está en calma, como aguardando a alguien, es porque espera lluvia.

—¿Y es eso todo?

—Hay un indicio más todavía: el sauce llorón. Conforme se acerca la tormenta, las ramas del sauce, de tristes que son, se vuelven movedizas y alegres como deseando empujarse al cielo.

El misterioso personaje dió un abrazo a Pedro Saladas por sus revelaciones. Antes de emprender la aventura se había informado en la otra orilla, de labios de gente taumaturga, que esa noche llovería a cántaros. Contaba desde luego con la complicidad de la lluvia para su cometido; de ahí su alegría al oír las palabras sabias del pescador.

Andando, andando, llegaron por fin al camposanto. Con una llave especial el viajero abrió la puerta y penetraron.

—Sin hacer ruido, ¡he! En puntas de pie.

Caminaron. Por las vértebras de Pedro Saladas pasó en ese momento un calorío jamás sentido. El, que había embestido tigres y yacarés, cuatrerros y corsarios, tuvo miedo que desde el rincón más lejano del cementerio se levantara su mujer a preguntarle por sus hijos. ¿Qué harían a esa hora los pequeños? ¿Por qué los abandonaba al cuidado de la abuela anciana? Y... ¿qué móvil lo llevaba a profanar el silencio de los muertos? Mas, ya no pudo retroceder y continuó al lado del misterioso señor.

Por entre las rejas y los mausoleos, con el sombrero en la mano, y musitando quién sabe qué oración ferviente, aquel peregrino llegó a una tumba. Se arrodilló y besó el suelo. De sus ojos brotaron lágrimas de hombre y de niño.

—¡Oh, buen hombre!, — le dijo al pescador; — si por un milagro se levantara a revelarme el secreto de su muerte...

Pero la tumba está muda, y dormida para siempre la bien amada. Un silencio desconocido, poblado de sugestiones, gravitaba sobre el camposanto. Los árboles inmóviles parecían, en verdad, ánimas penitentes, vidas sin vida, condenadas a no encontrar jamás una fosa de descanso. La quietud no era interrumpida ni por el paso de una sombra. La nada sin principio ni fin, la muerte, el abismo extendido sobre la tierra; y allá arriba, por entre las escotaduras del cielo enlutado, una que otra estrella.

Se dieron las manos para cerciorarse que aun pertenecían a esta vida. Luego, tomando cada uno de un extremo de la lápida puesta por la familia de la muerta, la arrancaron íntegra y colocaron en su sitio otra de mármol rosa, en donde se leía la honda y superior palabra: "Holocausto".

El pescador obedecía y asistía a la escena sin chistar palabra. Ya no era calofrío lo que corría por sus vértebras: era fiebre, un delirio, un ansia de pelear. Su corazón vibraba ni más ni menos que un tambor de guerra; y a no ser la serenidad impenetrable del patrón, de juro que habría retado a duelo a los vivos y a los muertos. A cada momento esperaba que de los sepulcros se alzara una procesión de esqueletos a provocarlo.

—¿Qué tienes? — le preguntó el desconocido.

—Fiebre y rabia, patrón. Algo que me sofoca.

—Bueno; envuelve esa losa y ájala con el espinel. La echas al hombro y vamos.

El pescador obedeció y se alejaron por entre las rejas y los mausoleos. Un soplo de viento recién venido ponía en los cipreses temblores humanos.

Cerraron la puerta del camposanto y se dirigieron a grandes pasos hacia el Paraná. En eso, un prolongado y triste silbido cruzó el campo. Fué a manera de un largo estileto que perforara la noche abismal y callada.

—¿Has oído? ¿Qué es eso? — le interrogó el desconocido.

—La tormenta, patrón. Unos minutos más, y la lluvia nos tapa.

—Pero ¿y ese silbido?

—Precisamente; es un pájaro que grita en estos casos. Se llama "hatangahig", que quiere decir "la tormenta está ahí". Sólo canta cuando la borrasca es brava y los cristianos corren peligro.

Prosiguieron la marcha y llegaron a las canoas. El viajero arrojó la losa al río, dió un fuerte abrazo a Pedro Saladas y le entregó un rimero de billetes.

—Cuándo haya pasado una semana, y yo esté a cuatrocientas leguas de Corrientes, puedes revelarlo todo; antes no lo hagas.

Y sollozando se fué en su barca. En un abrir y cerrar de ojos desapareció cual si lo hubiese tragado el río.

Un relámpago imprevisto rasgó la honda noche; una racha

huracanada agitó los árboles; un trueno potente hizo temblar el mundo y luego resbaló largo a largo sobre el Paraná encabritado. ¡La tormenta!

III

Hasta aquí todo cuanto pudo revelarme Pedro Saladas. Mi curiosidad, empero, no quedó satisfecha, y ávido por conocer la verdad total, no me fué difícil llegar al fin. Poco a poco, día tras día penetré al fondo del enigma, hasta que una "Corona Fúnebre", caída por casualidad en mis manos, y la gentileza de un viejo camarada, me dieron la clave de aquella palabra "Holocausto", burilada en mármol rosa.

Ningún epitafio, ningún signo tan elocuente como ese vocablo doliente y ritual. Cierto: en esa tumba dormía un poema de sacrificio, uno de esos romances de sublime amor que más bien parecen arrancados de un libro antañón para recreo de las modernas gentes. Sólo he cambiado o dejado tácitos los nombres al escribirlo. Así lo requieren las circunstancias y el rango social de los protagonistas; y en verdad que es una lástima, porque en el nombre de los almas y de las cosas está casi siempre la melodía interior y la esencia de la vida.

El espíritu humano es tan susceptible que el escritor, en ocasiones, se ve precisado a variar el nombre de los actores y de las acciones. Felizmente ello va compensado con la fimbria poética que se tiende sobre el maderamen y la desnudez de la existencia, y he aquí que la realidad antes descarnada y triste, aparece vestida de novia; y ésta es la misión del escritor.

El hecho es que un día jubiloso de 1914 llegaba a este San Juan de Vera de las Siete Corrientes, el regimiento número ... de infantería. Al compás de trompas y tambores el batallón fué del puerto a los cuarteles. A su paso palpitaron los corazones del pueblo como siempre que pasan los signos de la patria; y en los balcones más de un alma femenina suspiró hondo... ¿Acaso más de cuatro de esos oficiales bizarros y guapos no quedarían en Corrientes?

Lo que ocurre siempre en provincias: nuestro ejército es un mensajero de amor. Hueste sentimental, fundadora de hogares y generaciones, está labrando el solar argentino. Ha perdido los perfiles bárbaros, el sentido ordinario de su vieja moral, y ha cambiado los blasones de muerte y de odio para ostentar la heráldica del amor y de la vida. De ahí que al oír las músicas marciales, los corazones toquen a nupcias, y las almas se pongan de pie como a la llegada de la aurora.

Uno de los batallones de este ejército nuestro llegaba, como digo, a Corrientes aquella venturosa mañana de marzo. Después del descanso necesario, cada oficial se hizo cargo de su compañía respectiva.

A Hugo del Encinar, el oficial más querido del regimiento por su cultura intelectual y su don de gentes, se le designó para una instrucción especial. En desempeño de su cometido recorrió varias veces la calle Libertad, aristocrática avenida que desde este momento se transforma en senda de amor y dolor en nuestra historia.

## «HOLOCAUSTO»

---

Ya lo habéis visto, allá en la honda noche de la profanación: alto, recio, potente. Más vedlo de día; a la luz del sol y frente a su compañía de soldados, era más bella su varonil estampa. Anochecidos y profundos ojos, tez mate, frente espaciosa, garbado como pocos y con una voz de clarín y de agua mansa, vale decir, argentina y diáfana. Todo en el teniente Hugo del Encinar hablaba de músculo y de alma. Antes que bonito era tal vez feo; pero tenía un don de gentes, un tacto y una cultura tan oportuna que terminaba por captarse el aprecio de los hombres y el corazón de las mujeres.

De una de las casas señoriales, y de una ventana velada, no tardó en alzarse el visillo de siempre, a través del cual los corazones cautivos espían al amor que pasa. La escena se repitió día a día, hasta que al fin Hugo del Encinar — más que a sabiendas — descubrió por un presentimiento la blanca mano, y más allá unos ojos garzos y dolientes que le miraban. Fué breve, fugitiva la visión. De nuevo cayó el visillo, y se vió escurrir una silueta femenina, grácil y temblorosa. La habían descubierto y se escondía, porque nada hay tan sensible y miedoso, tan inquieto y niño como el amor que empieza.

Al día siguiente no hubo nada; pero poco a poco se fué abriendo la ventana, y la mano de nardos asomó igual que una paloma mensajera ansiosa de volar... Por fin solió Ella, hizo más frecuentes sus paseos El; y después los ojos se encargaron de hacerlo y decirlo todo. Un amor espontáneo, sin antesalas ni genuflexiones, sin principio ni fin: tal la llama sagrada que acababa de encenderse al contacto de unos ojos garzos y dolientes, y de unas pupilas negras y andariegas. Llama creadora y sagrada que nadie sería capaz de apagar a no ser la muerte, que todo lo eclipsa y extingue. Fuego de holocausto, en fin, para los corazones enfermos de pasión y desesperanza.

El amor sin nombre por lo espontáneo y grande estaba ahí; pero ¿cómo transformarlo en vida? Infranqueables barreras se tendían entre ambos. Era Hada Montaner la mimada de la familia y la predilecta de los poetas; la hija entre los hijos; la nena entre las hermanas y el último vástago a quien se permite todo, menos que enajene su corazón.

—Claro: que se case Manonga — pensaba la madre — que ya pisa los cuarenta; que se vaya prófita y con cualquiera la santísima Etelvina, casi cincuentenaria; ¡pero Hada!, la sorpresa de los viejos... la flor y el talento, no podía ser. Ya vendría un príncipe, o por lo menos un doctor con abundante dinero; entonces, sí; pero ahora...

Alta era y de una elegancia instintiva. Blanca, manos y pies divinos en su diminuta grandeza; rostro de santa y de novia; y todo bajo el amparo de una cabellera torrencial y blonda. Si había blancura en su cuerpo y oro en sus cabellos, no era sino el armaño de su alma y el tesoro de sus virtudes venidas a flor de piel, a fuer de auténticas.

Los salones lo saben. A su paso se rendían todos los corazones; era la reina. Los aedas la recuerdan; ¡oh, la musa! El

pueblo no la olvida: era la "cuñá tahí hiporá" (niña hermosa) en el dulce idioma aborigen.

Las amiguitas de Hada se sabían de memoria un soneto dedicado a ella por cierto infortunado bardo contagiado de Vargas Vila y Salvador Rueda. Mal correspondido — con sobrada razón — por la bella criatura, se marchó a estudiar derecho en La Plata. Y a fe que resolvió en serio el problema de su espíritu, pues al volver con su título de doctor casó pomposamente con la dueña de uno de los obrajes mejores del Chaco; y es en estos momentos uno de los conspicuos de la política correntina. Años más, y la provincia lo enviará al Congreso a defender los timbres de su escudo.

Fracasó igualmente un estanciero, dueño de inmensos fundos y numerosa hacienda; un político afortunado, de esos que en provincias se erigen en diputados vitalicios, a espaldas del pueblo, y por último varios "jóvenes distinguidos", pertenecientes a la familia de los pavos reales que tanto en Corrientes como en Buenos Aires y demás ciudades argentinas forman lo que puede llamarse el tejido adiposo de nuestra democracia.

Hada los rechazaba, no por orgullo ni coquetería, sino por dignidad. No esperaba un príncipe o un doctor adinerado como quería la madre, sino un hombre superior que la amara y comprendiera. Y ese hombre era Hugo del Encinar.

Pronto la ciudad, inclusive la familia, supo de este idilio sin palabras en que las pupilas combinaban emociones y resolvían imposibles. Se hablaron por fin, y empezó para los enamorados una verdadera senda de cardos y rosas.

El orgullo señorial de la familia, los timbres probatorios del solar, la abundante hacienda y, más que todo, el cariño por Hada, serían las barreras ante el amor de Hugo.

Vive aún en tierra adentro el culto de la prosapia. Dijérase que los vientos irreverentes de la democracia no han quebrado todavía el cabildo famoso, la casa solariega y las ejecutorias del linaje. Supervive la colonia fastuosa, llena de prejuicios y convencionalismos; y así como asoman por entre las modernas arquitecturas las viejas solanas con sus horcones en fila, así también se advierte, en medio de las nuevas ideas, ciertos resabios de casta que a modo de sedimento han quedado en el fondo de la época y que salen a la superficie conforme agitamos el vaso que lo contiene.

Los padres de Hada, en su derecho y ambición de aspirar para ella, un príncipe, o por lo menos los dineros y el boato del doctor Medardo Cisterna, que en vano esperaba la hora milagrosa de entrar a la familia, no podían permitir que se la llevara un militar de menor graduación, sin hacienda ni rango.

A medida que la llama sagrada se elevaba en no sé qué anhelo de irse a lo azul, la oposición materna cobraba los rasgos terribles que anuncian la tragedia. Ni más ni menos que una muralla erizada en férreas lanzas, con sus moharras envenenadas.

Hugo del Encinar, que había leído mucho y tenía el alma fortificada en las matemáticas y en el regalo de los bellos libros, recordaba aquellas barbacanas medioevales ante las cuales se es-

trellaban las huestes y los caballeros. Igual el caso suyo. Imposible franquear el bastión, romper la muralla. La familia de Hada quería a todo trance al doctor Medardo Cisterna.

En vano e inútil los consejos. Su alma parecía ser la prometida de un novio imaginario, viajero de un lejano país y que ha tiempo marchaba hacia ella. Enamorada del arte y de la vida superior en todas sus expresiones, Hada manejaba bien los pinceles, escribía de tarde en tarde una glosa fina y sentida al margen de la página leída, y alternaba las faenas domésticas tocando en el piano a Chopín y a su dulce amigo Debussy.

Leyendo y pensando logró forjarse en la imaginación al novio por venir. Sería por sobre todo un hombre sano y culto; bello de espíritu; de ojos profundos, de frente serena. De ahí que al estar frente a Hugo, y después de oírle hablar con la sinceridad y elevación que no le hablara ninguno de sus admiradores, se enamorara por primera y última vez.

Estando en rueda con sus amigas, Hada les dijo: "He nacido de nuevo. Por fin ha amanecido en mi corazón. Pero temo que pronto anochezca, porque nadie le quiere en mi casa". Y después de estas confesiones la cuitada derramó sus primeras lágrimas.

Día a día el poema fué tejiéndose con hilos de llanto y de suspiros. ¡Oh! los ojos verde mar y los labios pequeños de Hada; y en el varón, cuánta sed, cuánto fuego quemándole el espíritu en un incendio de locura y ensueño! ¡Noches de fiesta en los salones clásicos del Progreso y del Social, horas de retreta en la plaza San Martín, tardes del muelle y paseos a Villa Madrid! Siempre Hada, y en pos de ella Hugo, viviendo de sus miradas y de su perfume.

Fué en este poético sitio, una noche de Septiembre. Aun los enamorados podían hablarse sin temor a la consigna fatal. Villa Madrid estaba concurrentísima de familias. Lo más calificado de la sociedad correntina había ido al parque en busca de oxígeno, de amor y melodía. Por las avenidas y jardines algunas parejas cantaban al unísono la eterna y siempre joven romanza del querer; quienes bailaban al ritmo de la orquesta, y otras, junto al tazón de la fuente, jugaban a la carrera de barquitos.

—Vamos, Hada, — le dijo el bien amado; — juguemos una carrera.

—Admirable. Pero apostemos algo serio.

—Por ejemplo....

—Por ejemplo....

—Bien, Hada; yo apuesto el corazón a que yo te amo mucho más a tí que tú a mí.

—Mira que puedo ganarte, Hugo. Y, ¿cómo me lo entregarías?

—Sencillamente dejando el corazón en su sitio para que tú y yo lo cuidemos.

—¿Y si ninguno saliera triunfante?

—Prueba que sin saber medir nuestro amor, nos queremos con la misma fuerza y con la misma elevación.

Largaron las naves. Varios amigos y amigas de la pareja

presenciaron la carrera. Con el corazón palpitante y los ojos absortos esperaban el desenlace; y es fama que ambos barquitos llegaron juntos al término de la carrera. Salvadas de aplausos coronaron la partida, y esa noche los demás enamorados imitaron la peligrosa apuesta.

La pareja triunfante sin haber triunfado, hizo un aparte en tanto los demás seguían jugando.

—Ya ves, Hada; hasta los barquitos de la fuente, hasta el agua lo sabe y lo quiere.

—Hugo! ¡Mi Hugo!

La orquesta rompía en ese momento un vals lento y melancólico. Las hermanas de Hada, que a pesar de sus años no aparentaban ni la mitad bajo el reboque facial, fueron invitadas a la danza. Por allá, el hermano hacía las delicias de un grupo de "jóvenes distinguidos" contándoles cosas picantes, mientras los viejos recibían los agasajos del diputado Peñas Villagrán y del pretendiente a la corona doctor Medardo Cisternas. Todos, sin saber y sin querer, parecían haberse puesto de acuerdo para que la pareja tuviera una hora de expansión.

—Como te decía, Hada, conforme nos unamos huiremos de Corrientes, de tu familia... Iremos a Buenos Aires, y allá, en una casita que poseo en Belgrano, nos amaremos como nadie se ha amado. Entregaré a la patria la espada y el uniforme, y rendiré las pocas materias de Ingeniería que me faltan. Después al campo, Hada; a la naturaleza, a levantar sobre la tierra ancha y soleada nuestro paraíso. Porque has de saber que no soy tan pobre como se imagina tu familia. Aun me espera en Río Negro un inmenso campo. Yo lo labraré con mis propios brazos, y seremos tan felices que ya verás cuántos nos envidiarán nuestra granja y nuestro cariño.

—Hablas y tu palabra me hace olvidar la realidad: mi madre.

—¡Cómo! ¿Tu madre es capaz de oponerse a tu felicidad?

—Ella en persona, y después todos los míos. Yo no sé cómo han permitido que venga a esta fiesta. La consigna es terrible, Hugo; el dilema es de vida o muerte. ¡Oh!, yo marcharía contigo a pesar de todos los prejuicios e impedimentos, pero es imposible; no podemos revelarnos, no por la sociedad, sino por nosotros mismos. Sin embargo, déjame obrar; yo sabré convencerlos, y entonces...

Sin darle tiempo a que Hugo contestara, el padre de Hada se presentó con estudiada cortesía:

—Caballero, con su permiso. Hada, tu madre te reclama, es tarde y nos vamos.

—Mi padre, vamos.

Mudos, sin articular palabra, padre e hija se retiraron. Hugo del Encinar iba a disputársela a golpes de puño; mas se acordó que era el padre y retrocedió. Pensó entonces en correr y arrojarse a sus pies, clamando por la bien amada; pero tenía demasiado amor propio y se detuvo, alto, impassible, íntegro.

Para no verla desaparecer se dió vuelta. En el tazón de la fuente varios enamorados jugaban al amor...

IV

La oposición de la familia no tardó en convertirse en persecución despiadada. Se le prohibió mirarle; se la enclaustró. El "oficialote", como ellos le nombraban, aparecía en sus mentes a manera de un endriago fatídico. Surgía de los cuartos oscuros, del quicio de las paredes; flotaba en el aire y se reflejaba en los espejos. ¡No podía ser! ¡Imposible!

Encerraron a la mimada durante algún tiempo, y sólo el recuerdo de Hugo llegó hasta ella igual que una perenne melodía; Hugo, es decir, todo el cielo y la tierra unidos en un solo nombre, por magia del amor.

Pero ya lo dijo el poeta del "Cantar de los cantares" por labios de La Sulamita: "el amor es fuerte como la muerte; la pasión inflexible como el infierno; sus lámparas son lámparas de llamas y flechas del fuego de Jehová". Y el amor, decimos nosotros, no reconoce valiadares cuando se alimenta de amor. Hay un símil clásico. La naturaleza, siempre sabia, enseña al hombre que no puede oponerse a las fuerzas propias de la vida. Así, cuando se ponen vallas al torrente, el agua se detiene un momento, parece retroceder; mas al fin recobra sus legítimos derechos, rehabilita su instinto de correr y rompe la valla o se precipita heroica y terrible por encima de la valla. Lo mismo el amor contrariado: se reconcentra en sí mismo hasta quebrar las murallas que se oponen a su paso. Si no logra vencerlas — aun más estoico y sublime todavía que el torrente.— se aniquila de un solo golpe antes que declararse vencido.

Tal el amor de Hada por Hugo del Encinar. Una pasión única en su grandeza y atrevimiento: o todo o nada, se había dicho; y ese lema de su vida sería el mejor timbre de su muerte.

El corazón, además, todo lo puede; y los enamorados, malhaya las prohibiciones, pudieron conversar bajo los árboles del Paseo Mitre, junto al Paraná undoso. Aquel día el parque estaba solitario y propicio; y los jardines de fiesta. Las viejas palmeras y los "ñandubajis" que presenciaron tantos idilios, tantas persecuciones sentimentales, vieron descender de un soberbio carruaje a la más hermosa de las mujeres. Con tres sobrinitos suyos, Hada Montaner se internó en el soto y fué hasta la barranca. Horas hacía que allí, sobre un peñasco de la costa, la esperaba Hugo. Vestía la novia su habitual traje rosa y un amplio sombrero negro; y el amado estaba de gala, como en las grandes solemnidades de la patria.

¿Qué significaba ese color rosa para Hada? Sus trajes, sus ropas íntimas, su dormitorio, su tocador, todo era de tono rosa suave, evanescente. Diríase que vivía envuelta en una de esas nubes vaporosas que la luna pinta de ilusión en las tardes serenas.

No era desde luego un capricho femenino; antes bien, una profunda filosofía de mujer. Desde pequeña, nadie había podido persuadirla de lo contrario, y ahora más que nunca, que el amor y el dolor llegaron juntos a su corazón. Ya que la vida le era nublada y sin horizontes, vestía de rosa su cuerpo y de aurora su espíritu para vivir con la ficción inefable de que la senda se extendía delante de sí, como una avenida de ilusión.

Aquella tarde Hada estaba más hermosa que nunca. ¿Era acaso el último idilio? Posiblemente, ya que el amor, cuando parte hacia la ausencia, se hace más bello bajo la tristeza del adiós. Los ojos se llenan de alma y eternidad; los labios rojos y quemantes parecen una herida recién abierta; las manos pálidas y temblorosas semejan aves prontas a levantar el vuelo.

Algo les decía, en verdad, que pronto se separarían por mucho tiempo; quizá una trinidad de palomas blancas que en ese instante rayaban de sud a norte el azul profundo; tal vez el Paraná enorme, cuyo oleaje cobraba tonos cambiantes y fugitivos bajo la majestad del sol caído...

Tiene así el río horas de belleza en que combina sobre sus ondas los colores más sorprendentes. Allá, junto a las islas, se ve una franja color violeta, sigue un anaranjado que paulatinamente se confunde en un celaje de nácar; viene después el verde profundo, el verde nilo, y ya cerca de nosotros un azul tenue con pinceladas de rosa.

Se ha puesto el sol y ahora el río se torna azul de montaña. Es una turquesa inmensa, una enorme zona de firmamento caída en la tierra. Mas, el crepúsculo viene en marcha, y el Paraná es de oro muerto; después todo arde: el agua, el cielo, los montes. Nada se salvará de la llama infinita, si la luna no surge de entre la selva milenaria. Y la luna, que es buena hermana y buena madre, asoma por fin y entonces el río es un torrente de plata y la tierra se viste de novia.

Frente al panorama, los enamorados quedaron mudos. Se tomaron instintivamente de las manos, se miraron...

—¿Qué miras, Hugo? — le preguntó la bien amada, más que con los labios con sus ojos llorosos.

—El río, Hada. El me trajo y él me llevará. ¡Oh! si pudiéramos irnos ya unidos para siempre.

—¿Qué felicidad! Pero yo he agotado todos los recursos para convencerlos y ellos permanecen aferrados a la negativa. Sin embargo, déjame Hugo; yo sabré persuadirlos, y pronto, confundidos en una sola vida, nos iremos de esta tierra.

—¿Aun tienes esperanzas?

—Sí; y felizmente no dejaremos ni la huella de nuestro paso, porque el río nos llevará en sus ondas.

—¿Y si no pudiéramos realizar nuestros ideales?

—¡Ah!... entonces te juro que sabré tomar una resolución: tuya o de Dios, porque tú eres para mí el mismo Dios.

—Hada, alma mía, aun puedo sacrificarme por tí, alejándome de Corrientes para adorarte en el recuerdo y en lo imposible.

—¡Jamás! ¡Nunca! Ahora yo te ruego, yo te mando que no me dejes. Si eres el único corazón para mi corazón; si más allá de tu alma ya no existen almas para la mía: ¿por qué piensas tomar semejante actitud?

—Bueno; dime lo que quieres que haga para obedecerte.

—Quédate en Corrientes. Sabiendo que estás cerca de mí, que respiras el mismo aire, que miras la misma estrella, estaré contenta. Además no faltarán medios de comunicarnos...

—¿Con tus sobrinitos?

—No. Es peligroso. Con María Esther, sí; es mi mejor amiga, y sabiendo la nobleza de nuestro amor se prestará a este sacrificio.

En ese instante irrumpían cantando y con sendos ramos de flores silvestres los tres sobrinitos. Las dejaron en el regazo de Hada. Entonces ella eligió las mejores, y cortándose con una tijerita de plata un largo rizo de cabellos, ató las flores, las besó y se las dió a Hugo.

El hombre, fuera de sí, musitó al oído de su novia palabras de encantamiento, a las que asintió ella con un ligero movimiento de cabeza. Tomó entonces Hada a cada uno de los niños y los besó en la frente, y otro tanto hizo su bien amado, recogiendo del mismo sitio los tres besos mensajeros.

—¿Estás contento?

—Bien lo sabes...

Enajenados de pasión no se habían apercebido de la fuga del día. Ya el crepúsculo deshojaba sus rosas y sus amarantos sobre el río manso. Las ondas asumían tonalidades fantásticas, y más que agua diríase una caudal de fuego. Por entre los sauces llorones y las palmeras, el vespero, curioso, los miraba con su pupila absorta y vigilante...

## V

Los padres de Hada debían agotar todos los recursos para impedir aquel poema de amor. En efecto; el jefe del regimiento, emparentado con la familia, se prestó a las maquinaciones. Válido de su jerarquía y de sus influencias, logró alejar al teniente Hugo del Encinar, de Corrientés. No cabía otra actitud que la resignación, y los novios se resignaron.

Pasaron los días y los meses más amargos que jamás sufriera enamorado alguno. El, entregado a su faena de cuartel, lejos a más de trescientas leguas; y la cuitada, enferma y marchitándose día a día.

Los verdugos, queriendo que la hija olvidara al ausente, dieron fiestas y la llevaron a los salones. Caminaba como un cuerpo sin alma, empujada, más que por la vida, por el convencionalismo social.

Cierta noche, cuando todos se habían retirado, ocurrió en casa de los Montaner una escena indigna.

—¡Parece mentira, hija mía, que por un oficialote te estés suicidando!

—Mi madre, ya se lo he dicho: ¡O de Hugo o de nadie!

Al oír semejante atrevimiento, la madre trató duramente a su hija e intentó pegarla. Sufrió un síncope y fué necesario la presencia del médico para que volviera en sí.

Escenas de esta naturaleza se sucedieron con frecuencia en casa de los Montaner, sin que hubiera en la familia un alma que tuviera conmiseración de la cuitada. Mas, pasaban los espectáculos, la madre le pedía perdón y Hada, la buena, la santa, la absolvía.

Tanto sufrir, la enamorada llegó a un estado casi insensible que hizo peligrar su vida. Por la mansión señorial de los Montaner desfilaron los médicos más afamados. ¡Inútil! Hada se iba... La lámpara de su espíritu, que tanto soñara Hugo del Encinar, para con ella en la mano descubrir como Aladino las maravillas

inhallables, se extinguía. Le faltaba el óleo vital, y nadie, sino el ausente, para reavivar la antorcha.

En una de las tantas noches que pasó en vela llorando y abrazada a la sombra de Hugo, se le ocurrió leer uno de los grandes diarios de Buenos Aires. Tiene el amor sus presentimientos, y la novia, al tomar la gaceta, lo hizo con extraña inquietud. Recorrió línea por línea, y allá en una sección olvidada encontró un nombre tan parecido al de su amado que no dudó ni un momento que aquel teniente del Enciso a quien se le concedía permiso, era su Dios en persona.

Desde ese momento sintió que por sus arterias corría un aliento primaveral. Nueva savia, nueva llama... Renacía de sus ruinas: el mito del ave Fénix se repetía en el cuerpo exangüe y en el alma ausente de Hada. ¿Acaso la ausencia del amado no fué sino una larga pesadilla? ¿Era sueño o realidad el retorno? En fin; ella volvía del país del olvido hacia la vida, cantando la romanza de otros días.

La familia, que hiciera un voto a la virgen de Itatí, creyó que se cumplía el milagro, y allá fué, al ícono famoso, en contrita penitencia.

Mientras tanto, y a los pocos días, arribaba Hugo a Corrientes, en uso de un corto permiso. Esa misma tarde Hada pidió a su padre la sacara a paseo. ¿A dónde ir? A la Terraza, pues; el sitio donde al atardecer van las familias a tomar un poco de oxígeno, de música y buen amor. Nada más simple y cordial que esa explanada. La Terraza es la prolongación de los hogares. Lugar de recreo y franca amistad, tiene a su espalda el Paraná que le manda su aliento tónico y fresco, y arriba el cielo de Corrientes, lujoso de astros y de azul.

Las amigas que ha tiempo no sabían nada, exclamaron al verla entrar: ¡Hada!, y fueron hacia la virgen dolorosa. Los hombres tornaron la cabeza y no faltó quien la contemplara con la ilusión de que esos ojos verde mar le abandonaran siquiera una mirada caritativa. Pero ella veía a todos y a todas, sin mirar a nadie. Algo buscaba entre la concurrencia, hasta que al fin descubrió a Hugo en el sitio donde tantas veces la esperara, solitario y único. Y fué el éxtasis. Los ojos garzos y las pupilas anochecidas y profundas volvieron a jurarse un amor sin límites, capaz de ir incólume al holocausto. Amada y amado se olvidaron en ese instante de la maldad humana y del camino sembrado de cardos que iban recorriendo. Sonrieron como dos niños. Mas pasó el éxtasis, la hora divina de transfiguración y olvido...

La orquesta empezó la rapsodia de Litz, número dos, ese prodigio de pasión y tristeza que nos legara el mago inmortal. De los ojos marinos de Hada resbalaron lágrimas, y ella ocultó su dolor bajo el amplio sombrero que llevaba.

—¡Pobre criatura!, — susurraron por ahí las de Jiménez Montero.

—Sí; es una lástima que la madre se obstine en contra de ese casamiento, — agregaron las de Inzaurrealde.

—El cariño de las madres es egoísta, hija.

—¡Bah! Mentira, pues si la vieja la quisiera no se opondría a su dicha.

—Así es también... Parece que la madre espera que Hada desista del teniente y acepte al doctor Medardo Cisternas.

—¡Imposible, Tita! Conozco muy bien a Hada y sé que: o se casa con Hugo o se mata.

—¿Tanto le quiere?

—Tal como oyes: se casa con él o se mata.

Esa misma noche todo Corrientes sabía de la llegada del teniente. No faltó quien avisara a la familia de Hada, y desde ese momento no se le permitió ni que asomara al balcón. En vano fueron los ruegos y las lágrimas. Hugo no pudo ver a su amada y tuvo que ausentarse. Era sumamente varonil y optimista para no romperse la vida con su propia espada, y se fué para volver un día no lejano a llevársela por la razón o la fuerza.

—Hasta pronto. — dijo al partir. Sobre el lomo del Paraná, en un vapor de la carrera, Hugo del Encinar, garbado y solitario, allá, sobre cubierta, contemplaba la ciudad de sus amores y dolores. Diríase el bronce de la angustia, imperturbable y heroico frente a lo irreparable.

## VI

Empezó entonces para Hada la verdadera cuesta hacia el monte del suplicio. Pero supo resignarse y guardó su amor en lo más íntimo. En un relicario inviolable escondió su tesoro, y dió la llave de oro al ausente. Como en el poema de Ibsen "Cuando resucitemos", leído tantas veces por los enamorados, Hada era la Irene espiritual y penitente. Nadie en el mundo, a no ser Hugo, podría abrir su tesorería de amor. Si él no volvía, el relicario permanecería cerrado, muerto... He aquí la tragedia sin nombre taladrando sin ruido el corazón de la novia.

Pocas veces o casi nunca el arte ha sabido sorprender esos dramas de alma adentro, inconfesos e invisibles, en que luchan y desangran las pasiones e ideales en un fiero combate de dolor a dolor, y de querer a querer. Se necesita tener muy grande el corazón para no caer en los primeros encuentros; y es preciso llevar un alto ideal para resistir incólume todo una vida.

La cuitada, con la esperanza de convencer a sus padres y a los suyos, esperaba. Por estirpe, por cultura, no quería promover una tragedia de familia. El culto del hogar tenía en ella — como en toda dama correntina — tan hondas raíces, que prefería sacrificarse hasta persuadirlos.

Hábil, delicada, paulatina, fué la táctica desplegada en tal sentido. Ya no buscaba el último rincón de la casa para sollozar; ya no pasaba largas noches en vela; ya no se oponía a los caprichos de la madre. Rejuvenecía. De nuevo parecía amar la vida y el amor, a tal punto que varias veces sus padres abrieron los salones a la aristocracia correntina y se danzó como en los mejores tiempos. Una aura milagrosa, un soplo de jardines de infancia parecía agitar de nuevo su cabellera ondulada y solar. Era la esposa acicalando y avivando su corazón ante el arribo del esposo. ¿Acaso no volvería el elegido a unirse a ella para siempre? Tal

era la ilusión de la cuitada; la oración nocturna y la prez matinal; la obsesión perenne. En su alma habían triunfado momentáneamente la esperanza y la ilusión en contra de la angustia y el odio. Salfa a pasear; iba de excursión al campo, al río y a "La Granja" propiedad de los Montaner. Hada resucitaba.

Para esos días estaba fijada la fecha del enlace de su hermana Manonga con el doctor Corbella, uno de los tantos doctores sin biografía ni relieve, venido en una de las tantas intervenciones federales que ha tolerado Corrientes. Enamorado más que de Manonga de su cuantiosa dote, apuró el enlace y nadie se opuso. Por el contrario, prepararon la boda sin olvidar el menor detalle. El himeneo de Manonga Montaner debería hacer época en los anales sociales. Con tal fin, el padre, en persona, con una gran lista de compras, marchó a Buenos Aires.

Al regresar, diez fardos constituían su equipaje, y tardaron diez días en desembalar y clasificar los ajuares, enseres, licores, trajes, joyas, sedas, vajilla, bombones, esmaites y demás paramentos.

El traje de Hada era rosa claro, su color preferido. Le sentaba tan bien que en verdad parecía una rosa blanca con celajes de aurora.

Faltaba apenas una semana para el casamiento. Las invitaciones estaban repartidas; la casa señorial aromada de mijo y alhucena, toronjil y sándalo; la orquesta con su repertorio preparado; los periodistas con la pluma diligente y obsequiosa, y las damas y caballeros con el mejor traje y entusiasmo para esa noche, que prometía asumir los perfiles de un acontecimiento.

Un día, después de cenar la familia resolvió probar los trajes y atavíos, los bombones y licores. ¡Admirables todos, pero ninguno tan elegante como el de Hada! Parecía ser ella la prometida; estaba ciertamente en gracia de novia.

Cuando las hijas y los padres, vestidos con los trajes que ostentarían en la próxima fiesta, se admiraban mutuamente y bebían champagne Pommery a la salud de Manonga y del doctor Corbella, Hada se puso pensativa, ausente... Sus bellos ojos, idos a la lejanía, miraban algo en un remoto país. Todos, como tocados por un reóforo misterioso, callaron; y sin saber porqué, fueron dejando intactas, sobre la mesa, las copas de rubio champagne. Un silencio sepulcral cerró los labios; un ala enorme pero invisible pareció caer sobre los circunstantes. Sintieron que algo los sofocaba; les faltaba el aire, se eclipsaban las luces, crujían los muebles. A lo largo de las salas, alguien caminaba, rozando apenas las alfombras. El padre se levantó, fué a prender las lámparas y no halló a nadie. La madre abrió la ventana en procura de aire. Ambos volvieron a la rueda más tristes y alelados que antes. ¿Quién había entrado a la casa? ¿Quién había venido a destruir la alegría? Era el recuerdo, el remordimiento.

Temerosa la cuitada de que el silencio con sus manos invisibles los estrangulara a todos, prorrumpió en un suspiro:

—¡Oh Dios mío, si en vez de este traje de fiesta me hubieran traído mi traje de novia!...

No volvió a repetirlo, porque la madre, precipitándose sobre

ella, la tomó del cuello con ansias de ahogarla y le dió dos fuertes puñadas en el rostro. Luego la arrastró de los cabellos hasta el patio, y la empujó hacia la puerta. Ahí la dejó, y vino a reunirse a los demás, y le trancó la puerta.

¡Guay del que la contrariara en sus arrebatos! Sufría ataques de nervios y había que dejarla desahogarse. Ningún remedio, ningún paliativo para su sistema turbulento y maligno, a no ser la terrible válvula de escape. De ahí que esa noche la madre y la mujer dieran paso a la fiera embravecida. El vínculo maternal se había transformado en látigo que azota o en dogal que estrangula; y Hada, vejada hasta lo increíble, desaparecía también como hija para ser la víctima de una pantera.

La quietud y el vacío de la muerte sucedió a la azotaina; y de nuevo el silencio con su ala impalpable y enorme. La cuidada no prorrumpió ni un hay, ni un sollozo. Casi perdiera el conocimiento, y arrastrándose como pudo llegó al cuarto de baño. Tenía sed; pero no de agua, sino de olvido, de descanso eterno. Entonces se incorporó y tomó de un frasco cuatro pastillas de bicloruro. A los pocos minutos el veneno mortal corría triunfante por las arterias; y ella se retorció en el suelo, envuelta en su hermosa cabellera, y enloquecida de dolor pero sin prorrumpir una queja.

Sonaron las once de la noche, llegaron las doce, y viendo que Hada no volvía a la sala, fuéron a buscarla por toda la casa. Llegaron al cuarto de baño y lo encontraron herméticamente cerrado. Violentaron los cerrojos y se encontraron frente al cuadro trágico: Hada envenenada, con los ojos vibrosos, el rostro amoratado, el cabello en desorden, deshechos los vestidos y mordiéndose las manos.

—¡Agua! ¡Agua, me quemo!, dijo con voz enronquecida.

Fué llevada en peso hasta su dormitorio y de nuevo clamó:

—¡Agua! ¡Agua!

Le dieron de beber lo que pedía, pero inútil; la sed, la fiebre la atormentaba. El veneno andaba ya por todo su cuerpo y le quemaba las entrañas.

—¡Agua!, volvió a clamar la moribunda, y se le dió agua.

—¡El médico! Corran a llamar al doctor, sollozó el padre.

Mientras llegaba el médico hubo un concilio de familia y acordaron decir que equivocadamente había tomado un veneno. Debían a todo trance guardar la fórmula y evitar cualquier murmuración. El menor detalle que trascendiera al público sería suficiente para descalificarlos.

—¡Chit! Mucho cuidado en decir una palabra; apostrofó la madre, y guay de quien desobedeciera el imperativo.

No tardó en venir el facultativo, y después de examinarla diagnosticó que el caso era fatal. Se llamó a otros médicos y ninguno discrepó: horas más, horas menos, Hada moriría.

Al día siguiente una dolorosa conmoción sacudió a toda la ciudad. Quizá un duente ingrátido, tal vez un indiscreto viento diera la noticia; pero el hecho es que Corrientes supo que Hada tomó cuatro comprimidos de bicloruro en momentos de suprema angustia. Ningún detalle del vejamen quedó oculto, ninguno de los antecedentes y pormenores del drama. Ciertamente parecía

que un espíritu maligno, testigo de la escena, fué de solar en solar, de cortijo en cortijo, propalando la verdad espeluznante: "La santa, la más hermosa de las mujeres, vejada por su propia familia y cansada de sufrir los tormentos más inhumanos, decidió matarse".

Tal era la noticia que volaba de casa en casa y de corrillo en corrillo. Algunos crispaban los puños, anhelantes de castigar a los verdugos; quienes derramaban lágrimas de conmiseración. Un signo fatídico, una sombra mala flotaba en el ambiente. A cada momento se esperaba el fallecimiento, y acto continuo la ejemplar venganza de los hombres y los dioses.

Por la calle circulaba más gente que de costumbre. Se agrupaban en las esquinas, en los portones. A ciertas horas la muchedumbre era tan numerosa que el tránsito se dificultaba. Multitud amohinada y amenazante, pobre de quien se atreviera con ella. Sordos mugidos, como de leones irritados, se alzaban del pueblo hasta la casa de los Montaner, donde la novia de Hugo se apagaba en un horrible suplicio.

Abriéndose paso por entre la multitud llegaban a casa de la moribunda damas y caballeros, sus compañeras de estudio, sus amigas. Querían verla, pero en vano; nadie, a no ser los verdugos, tenían derecho a penetrar en el aposento. Ni los sobrinitos a quienes tanto quería la víctima, ni la criada, ni el viejo perro sobre cuyo lomo cabalgara cuando nena: todos afuera, bien lejos...

En tanto la moribunda clamaba: ¡Agua! ¡Agua!; y el verdugo le daba agua.

El proceso de la enfermedad tocaba a su término. El veneno había conquistado ya las vísceras, la sangre, el corazón. Hada resistía milagrosamente, como si una fuerza desconocida la sostuviera, como si un numen propicio le derramara vida en las arterias. Aún ardía el fuego de Vesta en el ara de su espíritu; aun tenía un recuerdo en el cerebro y en los labios un nombre. Todavía levantaba las manos juntas, y los ojos al cielo, y musitaba quién sabe qué oraciones y juramentos. A veces sonreía, y luego dos lágrimas resbalaban a morir en su seno. Quizá su alma, al borde de lo irreparable, conversaba con el amigo ausente, y viendo lo imposible se asomaba en llanto por las pupilas.

Era el séptimo día. Había llegado a la cumbre del Calvario, y desde hacía seis horas no hablaba ni abría los ojos. Su cuerpo exangüe y frío, y el corazón lento, a manera de un péndulo cansado. Un nimbo de luna le cubría el rostro; y sus manos pequeñas tenían ese color de nácar del Niño Dios que adoramos, cuando pequeños, en el pesebre de las aldeas. La moribunda se transfiguraba; poco a poco parecía despojarse de sus atributos materiales para transformarse en luz y en espíritu.

La madre, mordida por los remordimientos, se arrodilló junto a su hija, le tomó las manos y le pidió llorando que la perdonara.

—¡Hada! ¡Hadaaa!, le gritó fuerte para que la oyera. ¡Perdóname, por Dios!

Con un movimiento de cabeza apenas perceptible, accedió al pedido de la fiera, y quedó rígida, hierática. Luego abrió sus

ojos glaucos, buscó algo en torno suyo, y dió un grito desgarrador.  
—¡Hugo! ¡Hugooo!

La madre huyó espantada a reunirse a sus hijas y a su marido; y todos empujados por una fuerza misteriosa se alejaron del cuarto, hasta el último rincón de la casa. Cobardes, después de haberla flagelado, no se animaban a cerrarle los ojos. Alguien los perseguía, y tuvieron que huir a la huerta y abrazarse al tallo de los árboles. El mito de Caín, perseguido por el ojo de Dios a través de las breñas, asumía pavorosa realidad en el solar de los Montaner.

Hada entró en la agonía. En el viejo reloj sonaron las dos de la mañana. Corrientes dormía bajo los astros; y la brisa del Paraná trafa hasta la alcoba de la viajera aromas de selva y de jardines. Venía también la canción del río testigo, y esos rumores nocturnos que nadie sabe quién los produce, y que sin duda son el idioma amoroso y doliente de las cosas. Era, por cierto, el homenaje y el adiós del agua, de las flores y de la tierra materna a la virgen que partía.

Los sobrinitos de Hada, despertados por los ruidos, se incorporaron en sus camitas, y en puntas de pie llegaron hasta el cuarto de "la madrecita enferma" como ellos la llamaban. Se treparon al lecho, y fué la escena inenarrable: la santa, que aun tenía un minuto de vida, quiso animarse y abrazar a los niños; pero no pudo y de sus ojos resbalaron las dos últimas lágrimas. Es que en ese minuto supremo evocó la última tarde pasada con Hugo junto al Paraná. La hora ungida de amor e inocencia, los tres besos en la frente de los niños, las flores silvestres y el rizo de oro...

Hubo en su rostro una mueca; después una sonrisa de niño dormido: la "madrecita" se había ausentado para siempre.

. . . . .  
Los pequeños le gritaron al oído:

—¡Haaada! ¡Madreciita!; pero como no contestaba, creyéndola dormida, se bajaron del lecho.

—Se ha dormido, dijo Mangachita.

—Dejémosla que descanse una hora siquiera, agregó Tito, que era el más hombrechito.

—¡Tan dormilona!... Ya no nos quiere..., suspiró Cachito, el menor.

—Bueno; vamos, vamos, no hagan ruido; volvió a ordenar Tito con toda su autoridad.

—Pero conforme despierte le diremos que nos cuente un cuento.

—El de Caperucita.

—No; el del Gigante.

—¡Chit! ¡Chit!

Y salieron uno a uno en puntas de pie. Afuera, el perro lloraba en la honda noche como un hombre.

## VII

Al día siguiente Hada fué conducida al cementerio. Jamás

Corrientes tributó un homenaje tan sentido y múltiple como aquella vez. Adelante marchaban las damas, después los caballeros, y cerrando el cortejo, el pueblo, infantil y rudo, heroico y descalzo. ¿Acaso no se iba para siempre la reina de los salones, la musa de los poetas, y "la cuña tahí hiporá" del hablar aborigen? Quienes rezaban, quienes con los ojos fijos en el suelo se bebían sus propias lágrimas. Pero los varones y la muchedumbre de atrás, esos no rezaban. Con los puños crispados, encendido el coraje, y el temple de pie, pedían venganza. Aquella caravana doliente y embravecida hacía evocar los momentos más luminosos y heroicos de la invencible Corrientes.

El pueblo hacedor de epopeyas, la raza primogénita de la libertad, sensitiva y batallona, no podía dejar impune tamaña injusticia. ¿Qué unos verdugos inconcientes querían apagar el fuego pasional de la estirpe? Perfectamente: ahí estaba la raza misma para defenderlo. Y, ¡qué lástima que los enemigos del amor y de la libertad fueran seres pequeños! Ojalá se transformaran en gigantes y paladines para atacarlos de frente... En vano, eran entes sin conciencia.

A no ser el respeto que impone la muerte, la multitud habría irrumpido en el viejo solar de los Montaner a deshacerlo todo. Pero siguió camino del camposanto, la cabeza descubierta y el corazón en la mano, a deshojarlo en la tumba de la virgen como se deshoja una flor de ceibo.

Al regresar, la caravana recorrió algunas calles en son de protesta y retornó a sus hogares ávida de justicia. Y no vengó a la muerta quizá por ella misma, ya que a veces es necesario atesorar bien adentro los grandes dolores a cuyo contacto se encienden los amores también grandes.

La prensa levantó alta su indignación; y los poetas y escritores, que más que nadie saben pulsar el alma de los pueblos, cantaron a la bien amada. De todo ello se ha formado una "Corona Fúnebre" que la fengo en la mesa donde escribo estas páginas.

En la última hoja, que es la peor y es la mejor— permítase la paradoja —, hay una prosa de Hugo del Encinar, fechada en lejano pueblo. Es una carta sencilla, tierna e instintiva, sin líneas trascendentales ni conceptos que anonadan. Parece escrita por un niño a la madre ausente. No hay allí ningún rencor, ningún propósito de venganza. La carta, a nombre de Hada Montaner, está dirigida al cielo. Ignoro lo que tiene esta página que siendo la más humilde y simple me conmociona hasta lo increíble. Por eso es la peor y es la mejor.

Nada de congoja flébil ni romanticismo insustancial. La carta fué escrita con la sangre de un espíritu que amó de veras; y es esa toda su belleza. De ahí que nos foque el corazón y nos humedezca los ojos.

Después ya lo sabéis. Allá en el camposanto hay una lápida de mármol rosa, cuyo epitafio dice: "Holocausto". No podía Hugo del Encinar haber tributado un homenaje más elocuente y profundo a la mujer que fué hasta la cima del Calvario por su amor. Nadie ha osado cambiarla. Nadie tendrá el atrevimiento de tocar ese mármol que, según la voz popular, fué puesto por los

## «HOLOCAUSTO»

---

ángeles. Dejemos que así crea el pueblo; quizá el niño grande e ingenuo tenga razón.

En las noches diáfanas, bajo el plenilunio infinito, aquella tumba con su lápida semeja el propio cuerpo de Hada con su habitual traje rosa; y las letras negras del epitafio parecen los bordes de una herida profunda, que no ha de cicatrizar jamás.

*César Carrizo*

---

Corrientes, Marzo de 1918.

---

Cachets

**FUCUS**

Quitán el dolor de cabeza,  
libran de los resfríos  
y dominan la influenza.

La cajita de un cachet **0.25**